

1

En el rincón de un despacho, en un anticuado edificio del distrito Chongyang de Pekín, el ventilador runroneaba ruidosamente, como un anciano enfadado con su propia impotencia. Mei y el señor Shao estaban sentados con un escritorio de por medio. Los dos transpiraban copiosamente. Fuera, el sol apretaba, cociendo el aire hasta hacer de él un bloque de calor sólido.

El señor Shao se enjugó la frente con un pañuelo. No había querido quitarse la chaqueta.

–El dinero no es problema –se aclaró la garganta–. Pero tiene usted que ponerse a ello inmediatamente.

–Estoy trabajando en otros asuntos en este momento.

–Quiere que le pague algo más, ¿no es eso? ¿Quiere un anticipo? Puedo darle mil yuanes ahora mismo –el señor Shao se buscó la cartera–. Lanzan las imitaciones más rápido de lo que puedo sacar el producto auténtico, y venden a menos de la mitad que yo. Me he pasado diez años haciéndome un nombre, diez años de sudor y sangre. Pero no quiero que hable con sus viejos amigos del ministerio, ¿me comprende? No quiero a la policía en esto.

–No estará usted haciendo nada ilegal, ¿verdad? –Mei se preguntaba por qué estaba tan deseoso de pagarle un anticipo. Era algo muy poco habitual, especialmente en un hombre de negocios tan astuto como el señor Shao.

–Por favor, señorita Wang, ¿qué es legal y qué no en es-

tos tiempos? Ya sabe lo que dice la gente: «El Partido tiene estrategias y la gente tiene *contraestrategias*» –el señor Shao observaba a Mei con sus finos ojos–. La medicina china parece cosa de magia. El reglamento es para productos que no funcionan. Los míos curan: por eso los compra la gente.

Soltó una risita. Eso no alivió la tensión. Mei no lograba decidir si era un inteligente hombre de negocios o un bandido.

–No me gusta la policía... sin ánimo de ofenderla, señorita Wang; ya sé que usted era una de ellos. Cuando yo empecé, vendía hierbas medicinales en la calle. La policía siempre andaba detrás de mí, confiscándome la mercancía y llevándome a la comisaría como si fuera un delincuente. El camarada Deng Xiaoping dijo *ge ti hu*: que los comerciantes autónomos estaban contribuyendo a la construcción del socialismo. ¿Pero le importó a la policía lo que dijo? Son unos memos. Ahora las cosas van mejor; yo he prosperado, y la gente me respeta. Pero, si quiere que le diga mi opinión, la policía no ha cambiado. Cuando uno necesita protección, no pueden ayudarle. Les pedí que investigaran las falsificaciones, y ¿sabe lo que me respondieron? Que no hacen esa clase de trabajos. Pero cada vez que haya un cambio en las normas, o una inspección, o un despliegue de medidas especiales, puede apostar a que se me echarán encima como perros hambrientos.

–Le guste o no la policía, tenemos que atenernos a la partitura –dijo Mei, aunque su voz era menos convincente que sus palabras.

Los detectives privados estaban proscritos en China. Mei, como otros en aquel negocio, había recurrido a la *contraestrategia* de inscribir su agencia como consultoría de información.

–Por supuesto –asintió el señor Shao. Una sonrisa ancha como el océano le llenaba la cara.

Cuando el señor Shao se hubo marchado, Mei se levantó para ponerse junto al ventilador. Poco a poco empezó a re-

frescarse con la débil brisa que fluía a través de su camisa de seda.

La puerta se abrió. El ayudante de Mei, Gupin, con aspecto de langosta cocida, entró dando tumbos. Sin decir palabra, se arrojó sobre su mesa, en el vestíbulo, y se apuró una jarra de té frío que llevaba allí desde por la mañana. Se descolgó la bolsa militar del hombro y la dejó caer al suelo.

—¿Era el señor Shao, el Rey del Crecepelo, el que he visto salir? —alzó la vista, conteniendo el resuello. Hablaba con un tenue pero perceptible acento que delataba su origen rural.

Mei asintió.

—¿Vas a aceptar el caso?

—Le he dicho que sí, pero ahora no estoy segura. Hay algo raro en ese hombre.

—Lleva tupé.

Gupin sacó un pequeño envoltorio de papel de periódico.

—He recaudado cinco mil yuanes en metálico del señor Su —sonrió. Su cara, todavía roja del esfuerzo, se iluminó de orgullo.

Mei cogió el envoltorio y lo estrujó suavemente. Parecía sólido. Le hizo sitio a Gupin frente al ventilador.

—¿Se ha puesto difícil? —le preguntó. Gupin estaba ahora de pie a su lado, con su brazo desnudo casi tocando el de ella. Podía oler su sudor.

—Al principio, sí. Pero a mí no puede asustarme, ni distraerme con sus tretas. He visto comadreas como él antes, y he rodado por muchos caminos. La gente se inquieta al ver a un trabajador provinciano como yo en un sitio como éste.

La palabra «comadreja» sonaba especialmente desagradable con el acento de Gupin.

Mei sonrió. En momentos así, no podía dejar de pensar lo bien que había hecho en contratarlo. Y, curiosamente, tenía que agradecersele a su hermana.

Cuando Mei abrió su agencia, Lu, su hermana menor, no aprobaba la idea.

—¿Qué sabes tú de negocios? Mírate, no haces vida social,

no te mueves bien en política, no tienes nada de *guanxi*: no cuentas con la red de contactos que necesitas. ¿Qué posibilidades tienes de prosperar? En contra de lo que puedas pensar, querida hermana, llevar un negocio es duro. Yo lo sé: estoy casada con un próspero hombre de negocios.

Mei volvió los ojos. Estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Desde que pidió la baja en el Ministerio de Seguridad Pública, parecía que todo el mundo quería darle lecciones.

–Bueno, supongo que son tus últimos cartuchos –suspiró Lu al fin–. Si no eres capaz de mantener tu empleo en el ministerio, qué otra cosa vas a hacer. Igual puedes trabajar para ti misma. Pero no quiero verte saltar a un río revuelto sin saber nadar. Déjame que encuentre a alguien que te pueda enseñar lo esencial de los negocios.

Al día siguiente, el señor Hua llamó para invitar a Mei a su despacho.

Allí, Mei se sentó en un sofá de cuero oscuro y la guapa secretaria le sirvió café mientras el señor Hua hablaba de *guanxi* (red de contactos), de los procedimientos que se pueden evitar y de unos pocos que no, de organización y contabilidad creativas y, sobre todo, de la importancia de aguzar la vista y el oído.

–Necesitas estar atenta a los cambios de aire y de política. Asegúrate de vigilar siempre a la gente que puede apuñalarte por la espalda. Sólo un consejo –decía. Mei se dio cuenta enseguida de que «sólo un consejo» era una de las expresiones preferidas del señor Hua–: no te fíes de nadie que no sea amigo tuyo. Y si quieres triunfar, entonces asegúrate de tener un buen entramado de *guanxi*, especialmente en las alturas.

El señor Hua se rellenó la taza por quinta vez.

–¿Y qué pasa con la secretaria? –preguntó a Mei.

–¿Qué le pasa?

–¿Has pensado en qué tipo de secretaria necesitas?

Mei le dijo que no tenía planes de contratar a una secretaria, al menos mientras no tuviera algún cliente.

El señor Hua meneó la cabeza.

—Puedes contratar a alguien por muy poco dinero. Hay muchas trabajadoras de provincias dispuestas a trabajar por casi nada. El coste de tener a alguien que te conteste el teléfono o te haga los recados es pequeño, pero el beneficio es considerable. Tu negocio no dará buena impresión sin una secretaria. Y si no das buena impresión, nadie acudirá a ti. Mira a tu alrededor y dime lo que ves.

Mei miró a su alrededor. El despacho era grande y estaba lleno de muebles que parecían caros.

—Tiene usted un sitio estupendo —dijo.

—Exacto. Esto que yo tengo aquí es lo que llaman una «empresa de cartera». Lo que hago es invitar a inversores extranjeros a participar en un proyecto común. Todas las empresas extranjeras están obligadas a tener un socio chino, como sabes. Vienen aquí a conocerme, ven un montaje a lo grande, en la mejor zona. Pero no se dan cuenta de que yo mismo no tengo ni fábrica ni obreros. Piensan que soy importante, auténtico. Sólo me pongo a buscar las fábricas cuando he recibido el dinero de la firma extranjera. Si puedo hacer un trato al año, estoy servido. Con dos, puedo tomarme el resto del año libre.

«Como ves, ganar dinero es fácil. La parte difícil es conseguir que la gente cumpla con su parte. Por eso a mí me gusta hacer negocios con extranjeros. Con los chinos es mucho más difícil. Sólo un consejo: cuando contrates a alguien, piensa en los cobros y asegúrate de que tu chica tiene carácter suficiente para hacerse con el dinero.

Viéndole el sentido a lo que él decía, Mei puso un anuncio para encontrarle a su nuevo negocio una secretaria.

De entre todas las solicitudes que recibió, Gupin era el único hombre. Mei no había pensado en contratar a un hombre como secretario, pero decidió entrevistarle.

Gupin había venido de un pueblo de granjeros de la provincia de Henan y en Pekín trabajaba en la construcción para ir pasando.

—Terminé el primero de la clase en el instituto de nuestra

comarca –le contó a Mei con su acento de Henan–, pero tuve que volver a mi pueblo porque allí era donde estaba mi expediente. Quería trabajar en la capital del concejo, pero mi jefe de aldea no estaba de acuerdo. Dijo que nuestro pueblo necesitaba «un hombre de los que leen libros».

A Mei le llevó algún tiempo acostumbrarse a su acento y entender lo que decía.

–Mamá quería que me casara. Pero yo no quería. No quiero terminar como mi hermano. Todos los días se levanta al amanecer y trabaja en el campo el día entero. Al final del año, sigue sin poder dar de comer a su mujer y a su hijo. Papá también era así. Murió de tuberculosis hace mucho. Todo el mundo dice que hay oro en las grandes ciudades, así que pensé en venir a Pekín. Quién sabe lo que soy capaz de hacer yo aquí.

Mei le observó. Era joven, acababa de cumplir los veintiuno, de anchos hombros. Se le veían los músculos embutidos debajo de la camisa. Cuando sonreía, parecía apocado pero honrado.

Lamentándolo, le dijo que él no podía hacer el trabajo que ella necesitaba. No conocía Pekín y su acento de Henan ahuyentaría a la gente.

–En cuanto la gente oiga tu acento, dará por sentadas muchas cosas sobre ti y probablemente también sobre este negocio. Algunos hasta pueden pensar que me dedico a algún tipo de estafa. Es una estupidez, ya lo sé, pero así es la gente. Lo mismo me ocurriría a mí si voy a Shanghai: probablemente me timarían los taxistas y me darían mal todas las indicaciones.

Pero Gupin era tenaz.

–Dame una oportunidad –le rogó–. Aprendo rápido y trabajo duro. Puedo aprender sobre Pekín. Dame tres meses y te prometo que me sabré todas las calles. También me quitaré este acento. Soy capaz, créeme.

Al final, Mei decidió darle una oportunidad. Recordó lo que el señor Hua había dicho y pensó que Gupin sería, si no un brillante secretario, al menos sí el cobrador de deudas

más temible de cuantos había entrevistado. También era con diferencia el más barato.

–Te daré un año –le dijo–. No tienes ni idea de lo grande que es Pekín.

Había pasado más de un año y Gupin había demostrado que era todo lo que dijo ser: trabajador, despierto y leal. Había invertido gran parte de su tiempo libre en cabalgar su bicicleta por los *hutong* y las calles de Pekín, y ya conocía algunos barrios mejor que Mei. Había llegado a ser otro par de ojos y oídos para ella.

–Bien hecho –dijo Mei a Gupin–. El señor Su no es de los que se separan fácilmente del dinero. Vamos a recoger.

Recogieron sus cosas y aseguraron todos los cerrojos de la puerta. Hacía más fresco en el pasillo en penumbra.

–Espero que el fin de semana no sea tan caluroso –dijo Gupin mientras salían del edificio. Llevaba su bolsa militar rebotándole en el hombro–. ¿Tienes algún plan especial?

–Un picnic en el Antiguo Palacio de Verano.

–¿Tan lejos te vas para un picnic?

–Es la reunión de mi clase de la universidad.

Fuera, el sol se desdibujaba en la calima y el aire estaba espeso como el almíbar. Se dijeron adiós y se separaron, Gupin en dirección a un joven álamo al que había encadenado su bicicleta Paloma Voladora y Mei a su Mitsubishi de dos puertas, aparcado bajo un vetusto roble.